

N.D.: La presente reproducción pertenece al prólogo del libro «La Gran Estafa» cuyo autor fue sin lugar a dudas una de las personas más autorizadas para escribir sobre comunismo, ya que él fue un iluso joven militante marxista que creyó honestamente que la solución a la pobreza de nuestros pueblos era la medicina socialista, hasta que el hastío, sobre la verdad de dicho sistema, le dio la madurez política necesaria para renunciar a la doctrina de Moscú conociendo el futuro que se le presentaría al tener que vivir durante toda su vida atacado y perseguido por el imperialismo soviético.

Hoy, 28 años después de la primera edición de su libro Eudocio Ravines está actualizado. El pensamiento de él es aplicable a este momento y la historia, respaldan la denuncia que hiciera sobre La Gran Estafa que el comunismo significa para los que creen abogar y luchar por la redención del hombre y la «Libertad» de los oprimidos.

Un prólogo siempre actualizado

En la hora en que golpea sobre las cabezas de los hombres libres y contra la esperanza de los que aspiramos a serlo, el peligro concreto de una esclavitud de tipo totalitario, se convierte en cómplice cualquier silencio sobre la Gran Estafa, sobre sus instrumentos, sobre sus máscaras y sobre sus métodos de subrepción.

Cuando arriba a las playas de este hemisferio el designio de transformar a sus pueblos en la misma papilla sanguinolenta en que se ha convertido a miles y miles de chinos, de coreanos, de indochinos, en los campos de batalla, y a millones de rusos y de europeos en los campos de concentración más vastos y crueles de la historia universal, se vuelve imperativo entregar un testimonio veraz, del que da fe cumplida una larga, dolorosa y desesperada experiencia que pueda ayudar a entender con más lucidez el sistema y el contenido ya que no es dable hablar de ética del espíritu que pretende sojuzgarnos, proclamando sin embargo que viene a liberar a estos pueblos del yugo del imperialismo.

Este libro no es un alegato: sólo quiere ser un testimonio.

Es la crónica novelada para hacerla más accesible al lector común de hechos, acciones, planes y maniobras, a que me tocó asistir, como comparsa pasivo unas veces, como espectador o como actor en otros momentos, y siempre como testigo.

Lo que aquí entrego es una sincera confesión humana, sin que por ello se trate de un drama personal, ni sólo de una protesta aislada. Si alguna virtud tiene este testimonio es la de ser unívoco. Son millares y millares de existencias que han soportado análoga quiebra; es la tragedia minúscula y oscura de millares de hombres y mujeres anhelosos de una vida mejor para sus pueblos, que fueron traslumbrados por el reverbero de la Revolución Rusa, seducidos por el vigor de la crítica marxista, por el patetismo del encendido mensaje comunista. Millares de creyentes, que vieron transformados sus sacrificios y su fe en estiércol del cultivo de una dictadura, que no es la de clase alguna, sino la de un clan terrorista, policiaco y belicista. Es el testimonio que interpreta un momento del drama de millares de existencias que se acercaron alborozadas al comunismo y que han sido estafadas con ludibrio y con crueldad.

No arribo a este libro sino tras haber cruzado una desgarrante y sombría tempestad de vacilaciones. La fe que fue honda, no sólo muere despacio sino que se niega a morir: su agonía es muy larga y se llena con un rosario de catalepsias intermitentes. Alejado de las filas comunistas, a pesar de mis vapuleantes decepciones, siempre esperé el milagro: que el comunismo en Rusia se convirtiese en democracia proletaria, en factor auténtico de paz para los pueblos; que las proclamas pacifistas de Stalin, saliesen de lo formular, para inaugurar de veras una colaboración humana entre capitalismo y sovietismo; que, en fin, el cheque sin fondos de esta gran estafa fuese cubierto en beneficio de los trabajadores del mundo.

Dos hechos macizos y tercos, concordes en todo con la siniestra política que ya conocía, vinieron a crucificar mi postrera esperanza y a nihilizar los vestigios de mi fe. Uno de ellos, la invasión traidora y abellacada de Checoslovaquia, la degenerada traición de Gottwald hacia un régimen progresista y avanzado, hacia una nación de la que Rusia no tenía nada que temer; traición hacia el Presidente Benes, amigo del soviét y amigo de Stalin; traición repugnante, con la imposición de un ignominioso «suicidio» a Jan Masaryk, amigo fervoroso del partido comunista, amigo de Rusia, amigo de Stalin, amigo de Gottwald. Luego, el segundo hecho, el anatema sin principios, la carga de odio lanzada con la espuma en la boca, contra el régimen del comunismo yugoslavo, insumiso a la yugulación rusa, rebelde al saqueo y a la rapacidad del sovietismo. Todo su crimen ideológico, toda su traición política residen en haberse resistido a que se hambreada a los yugoslavos para que la casta dominante rusa pudiese vivir mejor. Sólo ante estos dos hechos crucé mi última valla y acepté con dolor que de la Rusia Soviética y del régimen de Stalin no podía esperarse ya sino la tercera guerra mundial.

No vengo a denunciar al sovietismo desde un ángulo liberal, ni desde el punto de vista de los derechos humanos o desde las plataformas que defienden los derechos ciudadanos. Sería este un enjuiciamiento parcial sin duda formal a la luz de los hechos históricos que considero sobrepasado por los hechos de hoy. Lo denunció enfocándolo dentro de su terreno propio, como estafa a los principios que le dieron origen, como traición a la doctrina que le sirve de bandera para encubrir su contrabando intérlope.

Denunció una estafa, no al espíritu liberal, sino al pensamiento, a la ideología, a la realización socialistas.

No es estafa a los que creen en la bienaventuranza del capitalismo: es estafa a los que creemos en la redención del hombre, a los que nos hemos batido por la liberación de los oprimidos, a los que hemos soportado hambre, persecuciones, torturas, prisiones, a los que hemos vivido «el tiempo del desprecio», por buscar la elevación humana, por redimir a los más menesterosos de redención, por impulsar el progreso del socialismo.

Sé bien que la estafa no es producto de la perfidia de un dirigente malvado, o de la ambiciosa crueldad de un clan dueño del poder. Es la consecuencia inexorable de sistemas y de métodos, de dogmas inhumanos que no pueden ser abandonados, de condiciones económicas, políticas y sociales, que los dirigentes soviéticos no pueden modificar ni suavizar, ya que ello implicaría su caída. Para no caer están obligados a marchar sobre cadáveres, a golpear sin piedad sobre todo lo que se les resista, y, por último, a lanzar a los

pueblos a la hoguera del achicharramiento atómico. Es por esta esencia que el comunismo se ha vuelto guerra.

Que ellos me llamen como quieran: conozco los vocablos, su sentido y su intención. Pero todos los vocablos no podrán desmentir ante la clase obrera ni ante quienquiera, un puñado de hechos tozudos.

La dialéctica marxista ha sido convertida en saqueo y degradación de Hegel, en racionalismo dogmático, dúctil para la justificación cínica de todos los oportunismos. De ágil concepción idealista, ha sido degradada por el sovietismo a la jerarquía podrida de filosofía de la estafa, a la vez que de estafa de la filosofía.

La doctrina ha sido convertida en guiñapo, en viscoso contenido que se amolda a cualquier forma, en ropaje que se arregla para vestir, en cualesquiera hora y circunstancia, los hechos consumados o los actos ejecutados por los jerarcas totalitarios.

A la libre discusión dentro del partido ha sucedido el acatamiento indecoroso, la imposición terrorista, la servidumbre espiritual impuesta por hambre, por amenaza, por dádiva, por terror; terror al campo de concentración, a la prisión de los familiares o al tiro en el occipucio.

La clase obrera ha sido suplantada por el clan imperante; el obrero no puede sino signar como sus representantes a los que han sido ya designados por el clan; los congresos de los soviets o del partido han sido abrogados; la libertad de todo género, dentro de la esfera de la realización revolucionaria, ha sido aniquilada hasta un lindero que es regreso histórico cercano a las teocracias.

Los manantiales de cultura han sido secados; la policía tiene racionado y encasillado al pensamiento; el arte es negocio de propagandistas; la creación espiritual de todo orden, asunto bajo la jurisdicción del servicio secreto; y el campo del espíritu, tanto en Rusia como en los satélites, es lo más vecino al campo de concentración y al alambrado de púas.

La rebeldía justa, la insurgencia fecunda contra la rapacidad imperialista de los conquistadores colonialistas y de los trusts internacionales, han sido utilizadas para imponer un tipo de conquista que se denomina con el sarcástico eufemismo de «liberación». y que consiste en la trituration despiadada, en el saqueo implacable, en la rapiña vandálica de los desventurados pueblos que han sufrido la inmensa desgracia de ser liberados por el Kremlin.

Esta putrescente y degradada realidad no es asequible al hombre común de nuestro hemisferio, ni es fácil ser mostrada en toda su impúdica objetividad, porque ella se oculta y es ocultada tras la tupida brumazón de críticas válidas, de paradisiacas promesas, de augustas y venerables palabras. Por ello, la lucha es difícil, terca y áspera. Y, para hacerla convincente y fecunda es preciso que el mensaje democrático tenga potencial para ganar el corazón de las gentes, para inspirarles fe y confianza, si no en su realidad actual, por lo menos en su posibilidad inmediata.

En América Latina, ese potencial no lo tienen, no lo tendrán jamás, las andrajosas dictaduras que padecen diversos pueblos de este hemisferio. Dictaduras filisteas, sin principios y sin ética alguna, que en muchos casos concretos, cultivan relaciones clandestinas, a modo de vicios secretos, con los comunistas y con los agentes ocultos de la Rusia Soviética, además de que con abominable inconsciencia y criminal irresponsabilidad otorgan auxilios, subvenciones y posiciones políticas y sociales a los altos comandos del quintacolumnismo ruso en sus respectivos países.

La privación de libertad, la ominosa restricción de los derechos humanos, la envilecida limitación de los derechos civiles de la ciudadanía, la imposición demagógica o violenta de gobiernos de fuerza, es realidad dramática en muchas de las repúblicas latino americanas y es, al propio tiempo, campo de gravitación que acarrea militantes y combatientes para la quinta columna soviética.

O las dictaduras de América Latina dejan libre paso a una vida democrática y decente, o la vasta y tenebrosa campaña soviética minará la entraña misma de América y abrirá brechas que, si son cerradas más tarde, han de serlo sólo con montañas y torrentes de vida jóvenes, y en horas de angustia suprema para el mundo libre.

La eficacia de la lucha contra el gran peligro reside en gran parte en que las dictaduras demagógicas o violentas, civiles o militares, sean barridas de la faz de este hemisferio y que la democracia formal se convierta en democracia real.

Entonces, los pueblos comprenderán y ponderarán la tajante disyuntiva: o democracia o comunismo.

Eudocio Ravines
México, 1952.